

muerte fué sentida de la iglesia de Zaragoza con las expresiones del dolor mas intenso. Por espacio de tres dias no se celebraron los divinos oficios, y se cubrieron de negro los altares hasta que se purificó el templo de la violacion que habia padecido. Por espacio de un año siguieron iguales demostraciones de dolor, diciéndose el oficio divino con un canto fúnebre, al cual precedia el rezo del *Miserere* y algunas preces, puestos los canónigos de rodillas y acompañando la cruz, los ministros cubiertos los rostros con velos negros; y reconciliada la iglesia, se trasladó á ella el santo cadáver para darle honorífica sepultura. A esta sazón quiso Dios manifestar la santidad de su siervo con un suceso portentoso. La sangre que se habia extendido por el pavimento de la iglesia al caer herido el mártir de Jesucristo se habia secado de manera que, refregándola con lienzos ó papel blanco, de ningun modo quedaban teñidos de la mas minima señal; pero apenas entró el santo cadáver en el templo, cuando inmediatamente apareció toda la sangre líquida, hirviendo y tan caliente como si en aquel instante hubiera sido vertida. Conmovióse el numeroso pueblo en vista del milagro; el capitulo cuidó de autenticarle por medio de notarios, y todos empaparon pañuelos en aquella preciosa sangre, guardándola por reliquia. La santidad de que habia tenido fama toda su vida, se hizo mas gloriosa y probada con el martirio. Los reyes católicos Fernando é Isabel le erigieron un suntuoso sepulcro de mármol, adonde se trasladó su cuerpo. Aumentándose despues por una parte la adoracion de los fieles, y por otra los milagros que Dios obraba en testimonio de su santidad, fué beatificado por Alejandro VII en el dia 17 de abril de 1664.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alejandria, la fiesta de san Hierómides, san Leoncio, san Serapion, san Seleso, san Valeriano y san Estraton, mártires, quienes bajo el emperador Maximino fueron arrojados al mar por haber confesado el nombre de Jesucristo.

En Bitinia, san Autónomo, obispo y mártir, quien, huyendo de la persecucion de Diocleciano, se fué desde Italia á aquella ciudad; donde, habiendo convertido mucha gente á la fe, fué inmolido en el altar por unos paganos furiosos, mientras estaba celebrando misa, pasando así á ser victima cruenta con la incruenta de Jesucristo.

En Mira de Frigia, el suplicio de san Macedono, san Teódulo y san Taciano, quienes, despues de haber padecido bajo Juliano apóstata diferentes tormentos, fueron de órden del presidente Alémaco puestos sobre unas parrillas candentes, sobre las cuales consumaron alegres su martirio.

En Icona de Liaconia, san Curonota, obispo, quien recibió la corona del martirio, siendo decapitado bajo el presidente Perenio.

En Pavia, san Juvencio, obispo, de quien se hace mencion el dia seis de febrero. Este santo fué conducido á dicha ciudad con san Ciro por san Hermágoras, discipulo de san Marcos evangelista. Estos dos santos predicaron allí el Evangelio de Jesucristo, brillando con sus grandes virtudes y milagros, é iluminando tambien á las ciudades comarcanas con sus obras, acabando sus dias en paz con fin dichoso en la carrera episcopal.

En Leon de Francia, el tránsito de san Serdoto, obispo.

En Verona, san Silvino, obispo.

En Andelecht, san Guy, confesor.

En Poitou, san Maximino, obispo de Tréveris, quien hospedó á san Atanasio durante su destierro.

En Autun, san Evento, obispo.

En Noatra en Turena, san Reverensio, presbítero, oriundo de Bayeux.

En Angers, el venerable Juan Miguel, obispo.

En la Pulla, san Anastasio, confesor.

En el país de Momonia en Irlanda, san Elve, obispo de Emeley, en el condado de Tirperary.

En los confines de Egipto y de Etiopia, san Pedro el anacoreta.

En Treviso, santa Bona, virgen.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Praesta, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Petri martiris tui fidem congrua devotione sectemur, qui pro ejusdem fidei defensione martyrii palmam meruit obtinere. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que sigamos con la debida devocion la fe de tu bienaventurado mártir Pedro, el cual mereció conseguir la palma del martirio por la confesion de la misma fe. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia II, pág. 51.

REFLEXIONES.

Quando se miran las palabras de la divina Sabiduria con los ojos de la carne y de la sangre, se representan como paradojas absurdas, á que rehusa su aprobacion el entendimiento del hombre, enfermo por la corrupcion del pecado, y debilitado por la escasez de luces sobrenaturales. Encuentra en ellas unas máximas tan distintas de las que tiene adoptadas el mundo, que desde luego se queda sorprendido; pero todo esto consiste en lo que queda dicho, esto es, en que mira las sentencias con los ojos de la carne y de la sangre.

Porque no podemos dudar que es verdad eterna lo que dice en los Proverbios el mismo Dios (1): *Todas mis palabras, dice, todas mis sentencias son justas, nada malo, nada perverso se encuentra en ellas; son derechas y arregladas para aquellos que las entienden, y comparecen llenas de justicia para los que llegaron á encontrar la sabiduria.* El Sabio cristiano, instruido en estas verdades, conoce el mérito de lo que dice el Espiritu Santo en la epístola de este dia, y sabe recibirlo en su verdadero sentido. En ellas se asegura, hablando del santo mártir á quien se aplican, que Dios le guardó de sus enemigos, y le libertó de los que intentaban seducirle, concediéndole la gracia de vencer en la terrible lucha que le proporcionó, para que así supiese que no hay cosa mas poderosa que la sabiduria.

Estas palabras aplicadas á san Pedro parece quieren decir que el Señor le libertó de la muerte que le dieron sus enemigos, y que, luchando con ellos, quedó vencedor nuestro santo. Así se presenta el sentido material de estas palabras; pero escrito está que la letra mata y el espiritu vivifica. Siempre que no acerremos á levantar nuestra consideracion de las cosas terrenas, encontraremos semejantes dificultades en las divinas Escrituras. Dios es espiritu, y sus palabras deben ser de consiguiente pertenecientes al espiritu. En esta materia, esto es, en sentido sobrenatural, se verifica el triunfo de nuestro santo como el de todos los mártires que dieron su sangre por Jesucristo. El principal objeto de los que excitaron persecuciones contra la Iglesia no era precisamente lo material y visible que tiene sobre la tierra. No solicitaban de los mártires aprisionar sus cuerpos y despedazarlos. Las fuerzas de los defensores de la fe eran muy débiles en este sentido para entrar en lucha con los tiranos.

(1) Cap. v.

Sin la menor oposicion hubieran logrado estos desde el principio lo que ejecutaban finalmente, que era despojar á los santos de la vida. Su fin principal era disuadirlos de la santa religion que profesaban. Su persecucion era contra las máximas del Evangelio, y contra las verdades reveladas de la fe, y así se verificaba la guerra y batalla entre el impío, solicitando del cristianismo el abandono de las verdades de la religion, amenazándole con la muerte en odio de la ley de Jesucristo, y el mártir por otra parte despreciando sus amenazas, sufriendo los tormentos, y padeciendo la muerte en defensa de las sacrosantas verdades reveladas. De esta manera salieron vencedores los mártires, libertándolos Dios por su infinita misericordia de caer en las tentaciones impías del tirano. En este sentido, dice la sagrada Escritura que la victoria con que se vence al mundo es nuestra fe. Semejantes reflexiones nos dan idea de la verdad con que nos habla la divina Sabiduría, y al mismo tiempo del heroico esfuerzo que tuvieron los santos mártires, para que procuremos imitarlos.

El evangelio es del cap. 10 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nihil est operatum, quod non revelabitur; et occultum quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere; sed potius timete eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam. Nonne duo passeris asse veneunt, et

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discipulos: Nada hay escondido, que no venga á descubrirse; ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á oscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno el alma y el cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos pájaros

unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in caelis est.

por la menor moneda, y ninguno de ellos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temáis, pues: mucho mas valeis vosotros que muchos pájaros. Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

SOBRE EL CUIDADO Y ESmero con que se debe Conservar
LA RELIGION CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la fe es una prenda de tan exquisito valor, y su falta un daño de tan funestas consecuencias, que ningun cuidado, ninguna diligencia que empleen los magistrados en conservarla es superflua para conseguir este efecto, sino que siempre serán de mas precio las ventajas que provengan, que cuantos trabajos se empleen en procurar estas ventajas.

Esta consideracion interesa igualmente á los jueces y superiores que gobiernan los grandes estados que tienen la dicha de profesar la religion cristiana, que á los felices individuos de estos mismos estados que son por ellos dirigidos. Una simple ojeada, echada sobre el teatro del mundo, basta para hacernos conocer que todo él seria un confuso desorden si llegase á faltarle el freno de las leyes. ¿Qué estrago, pues, no deberá producir la inobservancia de una ley divina en donde tienen todas las demás su origen, y de donde reciben su estabilidad, su apoyo y su justicia? Esta ley manda que debemos creer á la palabra

de Dios; que no le es lícito al hombre el escudriñar sus divinos secretos, ni poner límites á sus soberanas obras; y últimamente, que toda la humana ciencia, todas las luces del entendimiento deben humillarse á la voz de los milagros. Toda esta autoridad tiene la religion cristiana, toda esta recomendacion tienen sus leyes: querer cerrar los ojos para no conocerlo es la mayor obstinacion y protervia que puede caber en el corazon humano. De tan funesto principio solamente pueden nacer las investigaciones sobre la religion, el exámen curioso que se hace de sus máximas y preceptos, y el horroroso atentado de querer introducir novedades. Los superiores á quienes toca velar sobre este punto deben tener entendido que ningun esmero estará por demás en el cumplimiento de esta delicada obligacion, ni podrán hacer al estado un servicio de donde les resulten mas considerables ventajas.

La mas leve condescendencia en esta materia es criminal en el juez, y perjudicialísima á la tranquilidad pública. De ella han nacido los horrorosos trastornos de reinos enteros en que florecia el cristianismo, y han adornado la Iglesia con doctores sabios, ilustres mártires y fervorosos confesores. Tantos países lastimosamente sumergidos en los errores de la herejía, y apartados del cuerpo místico de la Iglesia, bastan para causar horror al mas indiferente, y para despertar la atencion mas dormida. Pero se debe advertir que los extravíos del entendimiento humano y las revoluciones religiosas son siempre un manantial seguro de robos, de muertes y de todas cuantas calamidades pueden afligir al género humano. Al punto mismo que ha comenzado en un país cualquiera mutacion en orden á la religion cristiana, ha comenzado á faltar la paz entre sus individuos, la subordinacion á las potestades legítimas, y el respeto á los sagrados

vínculos que unen entre sí á los ciudadanos. No hay desorden, no hay desdicha, no hay crueldad que no se padezca en donde se padece daño en la fe. Por tanto, aquellos ministros que cuidan de su integridad, aquellos superiores á quienes ha encargado Dios el cuidado de su Iglesia, y aun aquellos magistrados que son responsables de la tranquilidad pública deben velar atentamente sobre la pureza de la religion, y no permitir la mas leve novedad en palabras ni en escritos. La mas minima condescendencia en esta materia es un delito horroroso, porque sus consecuencias pueden ser nada menos que la pérdida de la religion y la subversion de un imperio. Esto mismo debe dar fortaleza á los ministros para que no se dejen doblar ni del empeño del poderoso, ni de las lágrimas del afligido, sino conservar á la justicia todos los privilegios de su severa rectitud.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que cuantos esmeros pongan los magistrados en la conservacion de la fe serán inútiles siempre que todos los cristianos no vivan alerta para no dejarse seducir de los caprichos de la novedad, de la curiosidad y de la soberbia de los que se atreven á examinar la profundidad de los divinos misterios.

El entendimiento humano, á proporcion que son cortas sus luces, padece una enfermedad peligrosa que se reduce á querer dilatar la esfera de sus conocimientos; y como esta pretension excede la virtud de sus facultades naturales, de aquí resulta que viene á precipitarse en una ceguedad tenebrosa cuando piensa dar extension á sus conocimientos. El hombre debe conocerse á sí mismo, y persuadirse de lo limitado de sus luces, para lo cual bastan unas ligeras reflexiones sobre los entes mas despreciables de lo

naturaleza. Todas las observaciones de la mas curiosa filosofia no han podido hasta ahora averiguar la formacion del mas minimo insecto. Nadie sabe la colocacion y estructura que debe tener una rosa para despedir un aroma que la diferencie del clavel. Si extiendes tu atencion á las obras magnificas que encierra en si la redondez de la tierra, la vasta extension de los mares, y mucho mas el ordenado y admirable conjunto de planetas y de luces que se advierten en los cielos, crece la admiracion y se abisma el entendimiento humano. Pues todo esto no es comparable con la grandeza de cualquier misterio de nuestra augusta religion. Hay la misma diferencia que entre lo eterno y caduco, y la que tiene la naturaleza respecto de lo sobrenatural y divino.

Esta persuasion es tan clara, que se haria injusticia á cualquier cristiano en juzgarle incapaz de percibir con claridad toda la fuerza del raciocinio que la produce. Siendo esto así, ¿cómo hay cristianos que dejen seducirse hasta el punto de arrancar de su alma las santas verdades que plantó en ella la religion, y sustituir en su lugar unas novedades que no son otra cosa que bachillerias vanas? ¿cómo hay cristianos que puedan deslumbrarse con los falsos brillos de unos discursos tan llenos de artificio como faltos de solidez? ¿cómo se da tanto crédito y se leen con tanto entusiasmo unos libros de doctrina corrompida, tan propios para pervertir la religion, como para causar un total estrago de las costumbres? ¡O hombre redimido con la sangre del Crucificado, y á quien ha cabido la dicha de nacer en un país católico, ponte alerta sobre tí mismo, porque ningun cuidado te será superfluo en los tiempos calamitosos en que vivimos para precaver los daños que la pureza de la religion puede padecer en tu alma! La religion cristiana católica, y la Iglesia sacrosanta que fundó Jesu-

cristo sobre una piedra firme y duradera es cierto que nunca jamás podrán faltar. El Hijo de Dios tiene empeñada su palabra en favor de su existencia, y esta palabra es mas consistente que la estructura de la tierra y de los cielos. Pero aunque la Iglesia no puede faltar, puede mudarse la fe de un pueblo ó de un reino entero, sucediendo en su lugar el cisma ó la herejia. El mismo Hijo de Dios amenazó á la pérfida sinagoga con este tremendo castigo en pena de sus delitos. La parábola de la viña es la que nos enseña esta terrible doctrina. Persuádetes, pues, ó cristiano, de que debes velar continuamente para no permitir que lleguen á contaminar la pureza de tu fe los hábitos venenosos y pestíferos de los espiritus impíos é irreligiosos.

JACULATORIAS.

Confiteor tibi, Pater, quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Matth. cap. 8.

Gracias te doy, ó Padre celestial, porque has escondido las verdades profundas de tus soberanos misterios á los sabios y prudentes del mundo, que las investigan con curiosidad soberbia; y te dignaste revelarlas á los humildes.

Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus. Paul. 1 ad Corinth. cap. 1.

Así debia ser, Señor; pues los consejos vuestros, que parecen á los ojos de los hombres estar llenos de necedad, son en la realidad mas sabios y asombrosos que todo cuanto puede imaginar la sabiduria humana.

PROPOSITOS.

Habiendo considerado cuánto importa á la paz y tranquilidad de los imperios la conservacion de la fe católica, y cuánto provecho resulta á los particulares

individuos, debes sacar en este día un fruto correspondiente á tus consideraciones. Donde quiera que habites, sea el que fuese el empleo de tu vida, nunca te encontrarás tan seguro, que no lleguen á tus oídos las asechanzas y lazos con que procurarán contrastar la firmeza de tu fe. Unas veces oirás declamar contra la oscuridad de sus misterios; otras oirás atribuir su propagación á la ignorancia de los hombres, á su debilidad ó al acaso; otras encontrarás con hombres tan atrevidos, que se atreven á hacer mofa de las ceremonias mas sagradas: tal vez pretenderán sorprenderte con la injusticia de atribuir á la religion los vicios de sus ministros y sacerdotes; y últimamente, oirás quejas amargas contra aquel santo tribunal que persigue á los impíos, y conserva la fe en toda su pureza. Ten presentes en estos casos aquellas palabras de san Pablo (1) en que avisa á sus amados discipulos, *que la palabra de Dios no tiene firmeza en la persuasion de la humana sabiduría, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud.* Acuérdate de aquella sentencia de san Agustín, que dice, *que al paladar enfermo causa hastio el manjar mas sabroso y regalado, y que á los ojos que no están sanos es odiosa la luz tan amable para los que están puros.* Acuérdate finalmente, que el facineroso siempre acusa la ley que castiga sus delitos, y que el perro rabioso muerde con desesperacion la espada que pone término á su furia. En la vida de san Pedro de Arbués y en su gloriosa muerte tienes un ejemplo manifiesto, que confirma todas estas verdades. En ella has visto con qué mortal odio miraron los judios su vida solo porque se empleaba en perseguir con tanto teson sus apostasias. De aquí debes inferir que aquel que habla con poca reverencia del santo tribunal de la Inquisición y de la conducta de sus ministros, sin duda le

(1) I ad Corinth. cap. 2.

acusa su conciencia de delitos, cuyo castigo pertenece á este tribunal. Debes huir su trato y comunicacion, y no solamente esto, sino tener zelo y fortaleza para denunciar sus impiedades adonde las corrijan, y pongan freno á las funestas resultas que se pueden seguir. La religion cristiana y la pureza de la fe deben tener en tu estimacion mas peso que todos los bienes de la fortuna; porque, ¿de qué le sirve al hombre llegar á poseer todo el mundo, si padece de cualquiera manera algun detrimento en su alma?

DIA TRECE.

SAN MAURILLO, OBISPO DE ANGERS.

Hacia la mitad del cuarto siglo quiso Dios dar á todo el mundo cristiano un ejemplo nuevo de virtud en la persona de san Maurillo. Nació en Italia, siendo su patria una pequeña ciudad del Milanés, y nació de padres cristianos, mas respetables por su sólida piedad, que por su nobleza y por el papel que hacian en el imperio. Fué su primer cuidado dar á su hijo una cristiana educacion. Tuvo Maurillo la fortuna de ser instruido en la religion, y educado en la virtud por san Martin, que, al volver de la Panonia, donde dichosamente habia sacado á su madre de las tinieblas de la idolatria, haciendo otras muchas, grandes y ruidosas conversiones, se detuvo cerca de la ciudad de Milan, donde comenzó á hacer vida monástica, y á criar la juventud en el temor santo de Dios y en el ejercicio de las virtudes cristianas.

En la escuela de tan hábil maestro aprendió Maurillo los primeros principios de aquella eminente santidad á que el cielo le llamaba; pero no la pudo disfrutar por largo tiempo. Era obispo de Milan Auxen-